La oscuridad de la condición humana

Por Adalberto Téllez Gutiérrez

Una ballena muerta siempre es un misterio. Una incógnita.
Es la señal de que algo no está bien, de que se ha perdido el equilibrio de las cosas.
Jonás



En las profundidades del océano habita el animal más grande del mundo. Ese animal misterioso seduce a quien lo escucha con su canto y su capacidad de movimiento. Su figura nos atrae no solo por su tamaño, sino porque nos inspira curiosidad, temor, ternura y compasión, quizá, debido a que vive en las honduras de un mundo aún desconocido.

Hugo Salcedo, siempre ubicuo y pertinente, abreva de un evento real en alguna costa del Pacífico mexicano para metaforizar –una vez más– acerca de la complejidad humana. A través de un indescifrable suceso de la naturaleza, una ballena varada en la playa, saca a la plaza pública lo peor de una sociedad hambreada, saturada y olvidada de sí misma.

Como en La perla (Emilio "Indio" Fernández, 1945) y en *El gallo de oro* (Roberto Galvaldón, 1964), Salcedo, en *6 metros, 2500 kilos y un chorro de espuma,* nos muestra cómo el mar, la ventura, los dioses, el destino ofrecen una posibilidad de cambio a quien sepa *distinguir entre la caca y*

las vísceras de ballena. Sin embargo, la fortuna se convierte en desgracia cuando un grupo de gente vulnerable hace, de ese don, una maldición. Este hecho extraordinario altera la circunstancia de una población y exhibe cómo el poder, la ambición y el abuso siempre se debatirán con la nobleza humana. La ballena, enorme, mágica, misteriosa, se nos arroja a la cara con la dimensión de su hedor para revelarnos la oscuridad de nuestra propia condición. No es el cetáceo quien nos devora; somos nosotros quienes nos metemos en sus entrañas para escondernos de nuestra propia realidad y conocer(nos) a través de un viaje interno en el que, al finalizar, no deberíamos de ser los mismos. Lo terrible es que el proceso de transformación no alcanza para todos, a pesar de todo. La esperanza queda anclada en los seres más puros e inocentes de la historia: los niños, que, mientras no crezcan, seguirán creyendo en un tiempo mejor. Todos los personajes viajan y buscan. Algunos encuentran; otros no, porque, como Edipo, no saben ver. La peste en la Tebas mexicana no tendrá cura mientras nosotros, como las ballenas, no activemos nuestro sentido de orientación.

Corresponde a los artistas –a los teatristas, en este caso– ser como Jonás, el medio para interpretar la realidad, volverla poética y mostrarla a nuestros congéneres, con la esperanza de poder resolver alguno de los enigmas que nos plantea la vida. Y, con este propósito, confluyen, venturosamente, la Compañía Universitaria de Teatro de la UAEMéx y la Compañía Nacional de Teatro, quienes, en un esfuerzo inédito, hacen posible la concreción de un proyecto escénico dirigido por José Cotero y conformado por un conjunto de valientes y talentosos actores universitarios, a quienes se integran Miguel Cooper y Laura Padilla, para revelarnos que cada uno de nosotros habita dentro de su propia ballena varada en la playa de la cotidianeidad. ¿Seremos capaces alguna vez de sacudirnos los remordimientos y temores, y tendremos el valor de salir transformados de nuestras propias entrañas?







Fotos: Archivo CUTUAEMéx



Adalberto Téllez Gutiérrez es actor egresado del Centro Universitario de Teatro de la UNAM y de la Facultad de Humanidades de la UAEM, y en esta última cursó la Maestría en Humanidades con especialidad en Estudios Literarios e imparte clases en la Licenciatura en Artes Teatrales, en donde actualmente es el coordinador académico. Forma parte de la Asociación Teatral Juana de Asbaje y del Elenco Artístico de la UAEM, ha participado en más de 40 obras en CDMX, Toluca, Guanajuato, San Luis Potosí, Colima y Colombia.